

creeremos haber traído el mejor complemento á nuestra demostración, y haber hecho más justicia al grande hombre que buscando razones para justificar que era docto, perito y versado en ciencias y en artes que ni por las mientes le pasó el estudiar.

II

¿Qué fué *Cervantes*? Ya en este punto podremos contestar que fué un *gran inventor*. Lo dicen sus escritos; y si mayor demostración se necesita, nada más fácil que hacerla, aun en los reducidos límites que permite este trabajo.

Vivo estaba todavía el soldado escritor cuando autores de primer orden, dramáticos como Lope de Vega, Tirso de Molina, Guillén de Castro y otros, cuyas obras admira el mundo, aprovechaban en sus composiciones, para sacarlos al teatro, los personajes á quienes él había dado vida.

No hablemos del desdichado autor que pretendió usurpar su gloria continuando las aventuras de *El Ingenioso hidalgo*. Sea quien fuere (1) recogió la ignominia que merecía por premio, y hoy nadie leería su obra si no estuviese ligada con la de *Cervantes*.

(1) Muchas han sido las investigaciones de los eruditos, guiadas por el deseo de conocer al encubierto Avellaneda.—Después de haber indicado como autores de este libro á Fray Andrés Pérez, el autor de la *Picara Justina*, á Fray Juan Blanco de Paz y á Bartolomé Leonardo y Argensola, se fijó la atención en Fray Luis de Aliaga, confesor de Felipe III.—El docto cervantista gaditano Sr. D. Adolfo de Castro, fué el primero, á lo que creemos, que hizo pública esa conje-

La verdad es, que entre las encontradas opiniones de Montiano, Nassarre y Germond de Lavigne que suponen al *Quijote de Avellaneda* un alto mérito, y las de Pellicer, Ríos, Navarrete y otros que apenas le conceden importancia, creemos que no se ha hecho justicia á aquel libro. No hay para qué acordarse, al decidir la cuestión crítica, de *Cervantes* ni de su *Quijote*. Hagamos caso omiso del autor robado y demos al olvido la mala conducta del robador, sin recordar ni aun el Prólogo, más agresivo que gracioso, del *pseudo-Quijote*.

Si el héroe manchego no hubiera nacido más que en el cerebro del que se tituló *Avellaneda*, nadie, absolutamente nadie sufriría hoy su lectura. Los personajes son sandios, insulsos, carecen de verdad, no están copiados del natural. La acción, pesada y trivial, se arrastra entre episodios inconexos, largos y de poca substancia: en fin, puede sostenerse sin temor de ser desmentido, que ni el más paciente aficionado á lecturas novelescas sería capaz de leer la obra de *Avellaneda* si no le prestase color é interés la creación de *Cervantes*. Con eso y con todo, es hoy muy poco leída; y es lo cierto que cuantos de ella han tratado, se han quedado muy cortos en su vituperio.

tura, robustecida luego con diferentes argumentos y datos por los Sres. D. Cayetano Rosell, D. Aureliano Fernández Guerra, D. Cayetano A. de la Barrera y otros.—Pero el mismo Sr. D. Adolfo de Castro ha indicado luego como autor del falso *Quijote* á Fray Alonso Fernández, y últimamente al gran poeta dramático D. Juan de Alarcón y Mendoza.

Pero me separo de mi propósito. Avellaneda no excedía en la invención, su obra nunca ha sido imitada; jamás han salido al Teatro sus personajes.

Pues aun en ese libro escrito con el altivo y audaz propósito de competir con el de *Cervantes*, y con la menguada intención de quitarle la ganancia de su trabajo; en esa obra que lleva un prólogo insultante, en el cual se denigran las heridas recibidas por un soldado en defensa de su religión y de su patria, y se hace burla estúpida de las canas venerables que crecían en su ardiente cabeza como la nieve que cerca un volcán, se encuentran, á despecho del envidioso autor, las alabanzas del libro y del escritor á quien imitaba. Oigámosle:

»á este compás desbuchó Sancho todo lo que de Don Quijote sabía; pero rieron mucho con lo de los galeotes y penitencia de Sierra Morena y encerramiento de la jaula, con la cual acabaron de entender lo que Don Quijote era, y la simplicidad con que Sancho le seguía alabando sus cosas» (1).

En otro lugar exclama:

«¿Eres tú por ventura *Don Quijote de la Mancha*, cuya fama anda esparcida por las cuatro partes del mundo?» (2).

(1) Cap. 7.º—Parte V.

(2) Cap. 31.—Parte VI.

A pesar de sus malos propósitos, se escapaba la verdad de la pluma del émulo de *Cervantes*.

Poco tiempo después, aplaudieron por primera vez en la escena francesa un inspirado episodio tomado del *Quijote*. Pichou, autor dramático de grandes dotes y esperanzas, que murió bárbaramente asesinado á la temprana edad de 35 años, después de haber merecido los aplausos del público y los elogios del Cardenal Richelieu, que se preciaba de entendido en letras, dió al Teatro, en el año 1629, una comedia intitulada *Les Folies de Cardenio*, base de toda su celebridad (B).

Años adelante, el crítico más célebre de Francia, aquel Boileau Despreaux que calificaba de grosero al Teatro español, y se burlaba de los mejores dramas de Lope, de Ruiz de Alarcón y de Calderón, porque no se ajustaban á su medida clásica y á sus indispensables unidades, no tuvo reparo alguno en merodear el campo cervantino, y debe su poema heroi-cómico *El Facistol*, las mejores escenas á recuerdos y retazos del *Viaje del Parnaso*.

El ejemplo de tales hombres fué contagioso, y estimulados por los aplausos que el público prodigaba á cuanto procedía de la inspiración de *Cervantes*, los autores más celebrados del teatro francés, Scudery, de Brosse, Dancourt y otros, sin exceptuar el maldiciente Pirón, sacaron á la escena composiciones con argumentos tomados de sus obras.

En el teatro inglés, en el español se multiplicaron

las imitaciones hasta tal punto que no es posible detallarlas (C).

Del mismo modo nos llevaría muy lejos el reseñar, aunque fuera muy ligeramente, las continuaciones, imitaciones y arreglos que del *Quijote*, la *Galatea* y las *Novelas* se han hecho. Baste en este lugar el recuerdo, para que se comprenda cuanto excedía *Cervantes* en la invención.

Ya en nuestros días, todo un Moratín acude también al rico venero cervantino para embellecer y animar su *Derrota de los Pedantes*. ¿Y se quiere todavía más? Pues véase á Víctor Hugo, el poeta de mayor y más vigorosa inspiración entre los modernos, recurrir á *Cervantes* y deberle una de sus mejores creaciones. *Preciosa*, la dulce heroína de *La Gitanilla de Madrid*, recorre hoy el mundo transformada en *Esmeralda*; y á ella, y á otros personajes, también de origen español, debe *Nuestra Señora de París* parte de su inmensa celebridad.

Continuar esta enumeración sería no acabar nunca. *Cervantes* tuvo la parte mejor, la que á muchos falta. Dió tal vida, tanta verdad á los hijos de su entendimiento, que no parece sino que sus personajes se agitan entre nosotros; todos creemos conocerlos, todos los citan y tienen el don singular de interesar siempre y de prestar inspiración á cuantos los evocan.

El escritor que á tantos ingenios sirve con sus creaciones, bien puede ser llamado inventor, bien puede ser contado entre los genios.

III

Juzgar el libro, abarcar en su conjunto y en sus detalles la obra del genio, todos comprenden que es difícil empresa. *Cervantes* nació en el fin de la España caballeresca, cuando la edad moderna introducía ya en las costumbres la savia de un orden nuevo, de una nueva manera de ser, de civilización muy diferente. Asistió en Lepanto al último acto de una lucha de titanes, y en Valladolid y en Madrid tocó en el siglo siguiente las miserias de una corte llena de intrigantes, donde el mérito cedía al favor, la virtud era humillada por la hipocresía, y el oro comenzaba á constituirse en árbitro de la suerte de todos, dispensándose á su influjo empleos, honores, títulos y dignidades.

De otro lado encontró en sus primeros años como lectura favorita del pueblo español, libros fantásticos cuyo origen respondía á otros usos, á otras necesidades, y donde acción y sentimientos habían venido de exageración en exageración á tocar en falsos, pecando de ridículos. En siglos anteriores, durante la agitación de turbulentos reinados y entre el fragor del combate con los musulmanes, el ánimo se complacía en la pintura de escenas heroicas y se recreaba viendo en los libros costumbres dulces que contrastaban con la realidad. El caballero, duro en la lucha, feroz en la pelea, que no curaba de su cuerpo ni se dolía de las heridas que recibiera, era luego clemente en la victo-

ria, afable con el menesteroso, compasivo con el desdichado, y venía á ofrecer el laurel obtenido á los piés de la dama cuyo esclavo se creía. El dechado del caballero fiel á todos los preceptos del Doctrinal, era el prototipo de las primitivas novelas que se titularon *Libros de Caballerías*. De la narración de aventuras extraordinarias, se pasó fácilmente á la exageración y al absurdo. La intervención de personajes fantásticos, de espíritus invisibles, tomados ora de la antigua fábula, ora de las leyendas y tradiciones de los siglos medios, vino á aumentar el interés bajo un concepto, el absurdo por otros. No hubo caballero que no tuviera á su devoción un encantador, un mago ó una hada, ni castillo que no estuviera guardado por dragones, endriagos y vestiglos. La lucha entre el bien y el mal se simbolizó en aquellas creaciones; pero se llevó á tal extremo que ya no solamente era la pintura moral, sino que un encantador perseguía á un caballero, y otro le cuidaba y curaba sus heridas cuando era vencido. *Cervantes* encontró aquella literatura en su más alto grado de corrupción; los Amadises y Primaliones se habían multiplicado hasta lo infinito, con todas las extravagancias imaginables de lagos hirvientes, monstruos horribles, damas y dueñas viandantes, armas encantadas y viajes súbitos á regiones no mencionadas ni conocidas. La ficción sumergida en el absurdo.

Él hizo nacer entre las ruinas de aquella civilización y de aquella literatura la novela moderna, más antropológica que de argumento, más verdad que fá-

bula. Inició el movimiento de las letras, fué el primero que sintió el progreso del buen sentido, de la razón pura y ¡cosa extraña! al dar el impulso, al crear el género, dió de él el más acabado y perfecto modelo. *Cervantes* nace en la mitad de un siglo, y muere casi en la plenitud del siguiente. Por eso hay en su obra algo de todo lo que dejamos indicado, y muchas cosas más, que no están puestas de intento allí por el autor; pero que eran como la atmósfera que respiraba, como el alimento de que vivía, y le impresionaban y agitaban su ser sin que se diese cuenta de ello.

Cervantes es el eslabón que señala la transformación de las ciencias y las letras entre los siglos XVI y XVII, en la cadena de la civilización española.

IV

Esto fué *Cervantes*; eso fué el escritor.—La profundidad de sus pensamientos, la altísima enseñanza de su doctrina, tuvieron origen en las desgracias del hombre. La inspiración de sus obras fué el dolor.

No tienen número los azares, las peripecias de su larga carrera, y siempre más desgraciados unos que otros. Nunca se cansó la fortuna de serle adversa, nunca le abandonó el dolor, para que del choque, de la lucha entre el dolor y el genio naciese el libro inimitable, como han nacido todas las obras grandes...

Lira que canta, corazón que gime,
No hay pensamiento grande que no sea

Hijo de un gran dolor, dolor sublime;
A los Homeros y *Cervantes* crea (1).

Para comprender á un grande hombre es necesario tener corazón de poeta.

Mucho padeció, mucho debió sufrir el autor, que sin esos sufrimientos no poseeríamos la obra inmortal; grandes fueron los dolores que le hicieron decir: «¡Oh soledad, alegre compañera de los tristes!» Tal vez *Cervantes* exclamó también como otro poeta:

¡Qué triste compañero
Pero qué fiel es el dolor! no deja
Solo jamás al triste que acompaña.

Su existencia fué cadena de dolores... Por eso en lugar de verter lágrimas por su muerte, concurren de todas partes á celebrarla en Liceos y en Academias, en libros y en periódicos, en sermones y en poesías. Y no es de extrañar. La gloria del talento, como la gloria de la virtud, no empiezan á brillar hasta que termina su peregrinación por este mundo. Pueden los que las alcanzan ser desconocidos, menospreciados y hasta ultrajados en vida; su recompensa está en la adoración de la posteridad.

HE DICHO.

(1) *Querellas del Vate ciego*, por Larmig.—El Sr. D. Luis Martínez Güertero, publicó bajo este pseudónimo sus preciosas poesías.

(A)

NOTA

DE FOLLETOS ESCRITOS PARA DEMOSTRAR LOS CONOCIMIENTOS
DE CERVANTES EN DETERMINADAS MATERIAS

- MOREJÓN (D. Antonio Hernández).—*Bellezas de Medicina práctica descubiertas en la obra de Cervantes.*
- CABALLERO (D. Fermín).—*Pericia geográfica de Miguel de Cervantes.*
- ARRIETA (D. Agustín García de).—*Espíritu de Miguel de Cervantes.*
- EXIMENO (D. Antonio).—*Apología de Miguel de Cervantes.*
- REMENTERIA (D. Mariano).—*Manual alfabético del Quijote.*
- MOR DE FUENTES (D. José).—*Elogio de Miguel de Cervantes.*
- CASTRO (D. Adolfo de).—*¿Cervantes fué ó no poeta?*
- FERNANDEZ (D. Cesáreo).—*Cervantes, marino.*
- IGARTUBURU (D. Luis).—*Diccionario de tropos y figuras de retórica.*
- SANDOVAL (D. Crispín Jiménez de).—*Afición é inteligencia militar de Miguel de Cervantes.*
- GAMERO (D. Antonio Martín).—*Jurispericia de Cervantes.*